
Almanzor Amrani

El Príncipe

Entre el yihadismo y la marginación



El Príncipe
Almanzor Amrani

Entre el yihadismo
y la marginación

ediciones península

© Almanzor Amrani, 2016

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2016

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2016
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

ÀTONA VÍCTOR IGUAL · fotocomposición
REIMBOOK - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-14.707-2016
ISBN: 978-84-9942-538-2

ÍNDICE

Prólogo	9
1. LA REALIDAD TRAS LA FICCIÓN Y LOS NOTICARIOS	15
Los atentados de <i>Charlie Hebdo</i> en una cafetería de El Príncipe	18
Un lugar perfecto para reclutar yihadistas	20
2. EL PRÍNCIPE, UN BARRIO OLVIDADO	37
En casa de Abdelkader	37
El presidente de la Asociación de Vecinos, Kamal Mohamed	44
Aicha, un ejemplo de mujer musulmana	49
El conflictivo autobús del barrio	54
El centro de Ceuta	58
La compleja sociedad ceutí	60
3. DELINCUENCIA Y MARGINACIÓN	73
La muerte de Munir	76
Una redada al amanecer	83
Vivir en el barrio como uno más	89
La frontera del Tarajal	91
El hermano de Marquitos	95
El Polígono Industrial El Tarajal	99
En casa de Fátima y Samir	101
El economato de la Cruz Blanca	110

4. DE EL PRÍNCIPE A LA YIHAD	117
El silencio y la complicidad de un barrio	119
El joven reclutado	120
Turia, la hermana de Marquitos	135
Los gemelos yihadistas	139
Los yihadistas ceutíes	148
De taxista a terrorista suicida	150
5. LA VISIÓN INSTITUCIONAL	157
El presidente de la Ciudad Autónoma	157
El presidente de las Comunidades Islámicas de Ceuta	171
6. LA INFLUENCIA YIHADISTA DE MARRUECOS	183
Los takfiríes	187
Mohamed, padre de un yihadista arrepentido	197
El viaje de Fátima al corazón del Estado Islámico	203
7. DESMITIFICANDO EL BARRIO	211

I

LA REALIDAD TRAS LA FICCIÓN Y LOS NOTICIARIOS

La barriada del Príncipe Alfonso, en la Ciudad Autónoma de Ceuta, ha sido considerada en los últimos años una de las zonas más peligrosas de España. Tráfico de drogas, actividad yihadista, inseguridad, paro... Pero ¿qué hay realmente detrás de este barrio de calles laberínticas y callejuelas claustrofóbicas en el que las fuerzas de seguridad se lo piensan dos veces antes de entrar? El Príncipe se ha hecho famoso por las detenciones de presuntos yihadistas transmitidas por televisión, el mismo medio que lo ha dado a conocer a través de una serie convertida en líder de audiencia, y que habla de delincuencia, redes de captación de muyahidines y narcotráfico, una imagen que a sus habitantes no les gusta. Porque hay una realidad más allá de todo esto: El Príncipe es uno de los barrios más pobres de España y el único con una población casi totalmente musulmana, un gueto multicolor colgado de la ladera sur del Monte Chico donde viven cerca de quince mil personas, de las cuales unas tres mil no tienen papeles y, por tanto, carecen de acceso a los servicios sociales y a las ayudas de la Administración. El índice de paro es altísimo, el analfabetismo llega al 90 por ciento y muchas familias subsisten con la renta mínima de inserción de 400 euros.

En El Príncipe el tiempo parece haberse detenido. Los vecinos contemplan con cierta indefensión el estancamiento del barrio en esa dinámica de marginación, pobreza y frustración. Es como si vivieran una realidad paralela en la que alrededor

todo evolucionase menos ellos. Nawal Abdesalam, prima del futbolista más famoso de Ceuta, Nayim, me recordaba en una conversación telefónica antes de embarcarme en este viaje que El Príncipe está cada vez más aislado de Ceuta. Y tiene razón; el modelo de Ceuta como símbolo de interculturalidad y convivencia entre religiones ha dejado de tener validez, por lo menos en El Príncipe, y ese icono de tolerancia es solo eso: un símbolo caduco y equívoco bajo el que se esconde una obligada coexistencia entre culturas.

Entre los quince mil musulmanes que viven en El Príncipe, la mitad de todos los que hay en Ceuta, apenas quedan diez personas cristianas. La familia que regenta el estanco situado frente a la puerta de la iglesia de San Ildefonso es de las pocas cristianas que todavía no se han marchado. Dentro de poco, el único vestigio que quedará de la convivencia entre las culturas cristiana y musulmana que durante tanto tiempo compartieron las calles será la vieja iglesia de San Ildefonso y un solitario párroco guardando una parroquia sin feligreses.

Se tarda poco en cruzar los cuatro kilómetros que separan el centro de la Ciudad Autónoma de Ceuta del corazón de El Príncipe, pero la distancia y el tiempo en la barriada son tan relativos que tengo la impresión de que esa ordenada e imponente ciudad que acabo de dejar está a cientos de kilómetros de aquí, y que las empinadas y caóticas cuestas por las que ahora camino están en un país diferente. La sensación de que esto no parece España me acompaña a cada paso que doy por este enclave marginal en el que abundan el chabolismo, el desempleo, el analfabetismo, la delincuencia y el deterioro social.

Quiero comprobar por mí mismo si son ciertas las evidencias sobre las actividades del radicalismo islamista que describen los medios de comunicación cuando hablan de El Príncipe. Necesito saber por qué se están marchando jóvenes dispuestos

a coger las armas en nombre del islam o por qué niñas adolescentes deciden dejar sus hogares seguros en la Ciudad Autónoma para sumarse al Dáesh, el acrónimo en árabe del Estado Islámico. Comprobar si es verdad que sus callejuelas se han convertido en un gueto en el que ha desaparecido por completo el control del Estado español o cómo influye la proximidad de Marruecos en la destrucción de su arquitectura social.

Recién llegado, apenas percibo presencia institucional en las calles, pese a que existe un grave problema de inseguridad ciudadana y deterioro social; es lo que los criminólogos definen como «teoría de las ventanas rotas», que explica que un entorno urbano descuidado transmite el erróneo mensaje de que se está fuera de la ley y provoca que se instale en el inconsciente de los habitantes de la barriada el mensaje de que todo vale. Y casi es así. Solo una o dos parejas de policía local patrullan el barrio, los llamados «lobos», y en todo El Príncipe no hay siquiera una comisaría de la Policía Nacional.

El barrio es un ejemplo de lo que las instituciones jamás deberían permitir. No se puede consentir la segregación, voluntaria o no, de un territorio y de un grupo de personas y dejarlas olvidadas a su suerte durante décadas, en un entorno sin control que se deteriora progresivamente esperando que todo vaya bien. Al parecer, el Ayuntamiento de Ceuta tiene previsto invertir cerca de veinte millones de euros en el barrio con el fin de regenerar las infraestructuras urbanas, pero de momento las mejoras avanzan lentamente. Los vecinos han perdido la esperanza y sienten con frustración que sus problemas son invisibles para las autoridades. Son españoles, eso dice el pasaporte de buena parte de ellos, pero tienen la certeza de que en ningún territorio español se habría permitido un abandono institucional de esta magnitud.

LOS ATENTADOS DE *CHARLIE HEBDO* EN UNA CAFETERÍA
DE EL PRÍNCIPE

Uno de los espacios más representativos de un barrio son sus bares. Conforman un auténtico termómetro social del lugar y en ellos la gente normalmente se expresa sin tapujos. En El Príncipe hay pocos bares, o mejor dicho, teterías, puesto que aquí no se bebe alcohol. Uno de ellos está al comienzo de la calle Rafael Orozco, y no tiene nada que ver con una cafetería española: las mesas y las sillas están colocadas sin ningún tipo de orden, y al entrar el olor a hachís y a pipa de kif te golpea por sorpresa. Está claro que la ley antitabaco aquí todavía no ha llegado y que el consumo de marihuana es algo habitual.

El lugar recuerda a un típico bar marroquí, un lugar reservado solo para los hombres, donde se charla, se juega al dominó o se ve el fútbol durante horas, alargando el café con leche o el té de menta hasta que la vergüenza o el orgullo te hacen pedir otra consumición o largarte a casa de una vez. El televisor está colocado en lo alto de una esquina, junto a la entrada. La gente mira atentamente el informativo del Canal 24 Horas, y mientras tanto yo los observo tomándome a pequeños sorbos un té hirviendo. Son las dos de la tarde y el aforo está completo. En el barrio no hay muchas alternativas para el ocio, y en un lugar en el que la tasa de desempleo llega a más del 65 por ciento de la población y el fracaso escolar está por encima del 90 por ciento es perfectamente comprensible que el bar esté lleno de una clientela que bascula sin pudor entre chavales de poco más de veinte años y septuagenarios.

De repente, el rumor ininteligible de las conversaciones y el repiqueteo de los vasos de cristal se convierten en un silencio casi absoluto. Solo se oye la voz de la presentadora, que en tono grave relata una pieza informativa sobre el atentado yihadista contra Charlie Hebdo en París. Dos hombres enmascarados y armados con fusiles de asalto han entrado en las oficinas

del semanario satírico francés y al grito de *Allahu akbar* (Alá es grande) han asesinado a doce personas y herido a otras once, matando también en su huida a un policía. La rama de Al Qaeda en Yemen ha reivindicado el ataque terrorista, perpetrado por los hermanos Said y Cherif Kouachi. Al parecer, los dos yihadistas están acorralados en una zona forestal en el norte de Francia. También informan de que uno de los dos hermanos fue entrenado en Yemen por Al Qaeda.

Al acabar la noticia, el silencio deja paso a multitud de comentarios. Mi compañero de mesa, al que no conozco en absoluto y que se ha sentado a mi lado al ver una silla libre, no para de negar con la cabeza.

—A estos, seguro que los matan para que no hablen —murmura en *dariya*, un batiburrillo entre el español y el árabe hablado con acento andaluz.

—¿Por qué dices eso? ¿No crees que hayan sido ellos? —le pregunto intentando que mi acento parezca lo más marroquí norteco posible.

—Parecen dos profesionales, no dos chavales de París —me contesta el hombre, que no tendrá más de treinta años.

—Pero dicen que los entrenaron en Yemen —comento, intentando conocer las razones de su incredulidad.

—¿Si tú llevases un pasamontañas en la cabeza dejarías tu documentación en el coche para que supieran quién eres? ¡Esto es un montaje para culpar a los musulmanes de todo, como siempre!

Me acabo mi té de menta mientras sigo escuchando opiniones sobre los atentados de París. Pocos creen la versión oficial, la teoría conspirativa es la que más se oye y en la que la mayoría coincide. Solo unos pocos justifican los ataques terroristas. Un grupo de tres jóvenes sentados delante de mí manifiestan su alegría y apoyo a los atacantes, considerándolos héroes y un ejemplo para que otros sigan sus pasos. Me resulta llamativo que los que opinan de una manera radical no vistan chilaba, ni lleven

taqiyah en la cabeza, ni tengan una barba poblada. Son chicos jóvenes vestidos con vaqueros, zapatillas deportivas y chaquetas con capucha de colores llamativos. Sus opiniones, igual que su actitud, demuestran un creciente desprecio hacia lo europeo, un sentimiento de odio hacia lo que les gustaría ser pero no pueden, como si pensarán algo parecido a «no me dejas ser como tú, no me aceptas, pues atente a las consecuencias».

UN LUGAR PERFECTO PARA RECLUTAR YIHADISTAS

Ese es el germen del odio, la miseria y la incultura que se están haciendo fuertes en barrios marginales de toda Europa, como el de El Príncipe en Ceuta, el de Barbès en París o el de Newham en Londres, y que los reclutadores de la yihad aprovechan como auténticos caladeros de jóvenes desencantados y sin horizontes. Jóvenes musulmanes, pero muchos también europeos. Ahí radica parte del drama, al que los gobiernos deberán plantar cara.

Me despido de mi accidental compañero de mesa y salgo a la calle. El tiempo es frío y húmedo, y se te mete muy dentro aunque vayas bien abrigado. Le pregunto a una señora por el zoco y me dice que estoy en él, que la pequeña plaza y las calles aledañas donde decenas de mujeres marroquíes ponen en el suelo sus frutas y verduras traídas del otro lado de la frontera es el mercado del barrio.

Cuanto más camino por las calles de El Príncipe, más me recuerdan a un barrio de cualquier ciudad árabe: callejuelas estrechas, fachadas coloridas y edificaciones a las que sus habitantes van añadiendo plantas en función del dinero que tenga la familia en ese momento. Cuanto más camino por estas calles, más me doy cuenta de que esto no parece España, aunque lo sea; es más bien como una tierra de nadie fronteriza, que no pertenece ni al Estado español ni al marroquí, pero que de am-

bos se sustenta, y así me imagino que se deben sentir sus vecinos, como ciudadanos sin una patria definida pero con documento de identidad español.

Una pintada en la pared amarilla de una fachada me hace detenerme al instante. En ella se lee en castellano: «Lo de *Charlie Hebdo* es poco, el Estado Islámico está de camino...». Increíblemente, me pregunto si el grafiti es una gamberrada de mal gusto de unos cuantos sin nada mejor que hacer o es realmente un mensaje de advertencia de los simpatizantes que hay en el barrio, esos de los que nadie se atreve a hablar. Junto a mí se detiene un hombre mayor vestido con chilaba gris de lana gruesa y capucha; me mira con curiosidad sabiendo que no soy vecino del barrio.

—*Salam aleikum* —le saludo en árabe para demostrar respeto.

—*Aleikum salam* —me responde con mirada seria.

—¿Qué le parece lo que pone aquí? —le pregunto una vez roto el hielo.

—Me parece muy mal. ¿Quién puede estar de lado de asesinos que matan a sus propios hermanos musulmanes? —me responde en un perfecto español.

—¿Y quién pinta estas cosas? —insisto.

El hombre comienza a caminar y me hace un ademán para que le acompañe.

—Aquí la mayor parte de la gente es pacífica y no quiere meterse en líos, pero como en todos lados hay personas malas, y esas hacen más ruido que los buenos —comenta mientras caminamos uno junto a otro por entre las estrechas e intrincadas calles sin nombre del barrio, bajando con cuidado la pendiente de la colina en la que se asienta el barrio, vigilando para no tropezar con los socavones que hay por todos lados, en un suelo que los propios vecinos cimentan y parchean cuando el deterioro se hace insostenible—. ¿De dónde vienes, hijo? —me pregunta el viejo.

—De la península, he venido para escribir sobre la situación del barrio.

—Aquí hay mucho sobre lo que escribir, hay muchos problemas y cada vez se hacen más grandes —me responde con un tono de voz que refleja resignación.

—¿Se sabe quién hace esas pintadas a favor del Dáesh?

—Hay muchos jóvenes que no tienen nada que hacer y que son fáciles de enganchar; están perdidos y acaban en pandillas.

—¿Entonces los jóvenes de las bandas se llegan a radicalizar hasta el punto de caer en las redes del Estado Islámico?

—Los chicos son fáciles de enganchar, viene gente de Marruecos y habla con ellos, y de vez en cuando convencen a alguno. —Me asombra la naturalidad con la que habla del tema, como si la cotidianidad de esa realidad la hubiera convertido en lo más normal del mundo.

—¿Y conoce a alguien que haya sido captado? —le pregunto, sorprendido por haber podido romper la red de silencio y de complicidades que parece respirarse en el barrio.

El hombre se detiene unos instantes y coge un poco de aire; vuelve hacia mí su rostro arrugado y curtido por el sol, me mira fijamente y una leve sonrisa de condescendencia aparece en sus labios.

—Aquí todos conocemos a alguien al que se han acercado o que ha viajado a Siria; este es un sitio pequeño y nos conocemos todos.

Es bastante fácil captar a los jóvenes del barrio para la yihad, para el narcotráfico o para cualquier otra causa. La pobreza, la incultura y un futuro muy poco esperanzador son los mejores aliados de los captadores, que aprovechan la permeabilidad de la frontera entre Ceuta y Marruecos para entrar a su antojo y difundir su mensaje radical entre los jóvenes más vulnerables del barrio del Príncipe. Todo el mundo conoce lo sencillo que puede resultar cruzar la frontera del Tarajal para un marroquí afincado en la zona cercana a Ceuta y pasar inadvertido entre los más de quince mil habitantes que tiene la barriada, la mayor parte de ellos sin censar.

Puede resultar razonablemente fácil para cualquier célula yihadista esconderse en este enclave marginal lleno de chabolas y edificaciones sin permisos, donde el urbanismo descontrolado y el deterioro de las viviendas y del mobiliario urbano manda un mensaje a la gente del barrio de que aquí todo vale.

Una facilidad añadida para los grupos terroristas que quieren instalarse en el barrio y captar nuevos adeptos es el escaso control policial que hay en sus calles. Resulta sumamente sencillo propagar el mensaje radical cuando no hay nadie que observe y controle los primeros brotes de radicalismo. Es prácticamente imposible saber qué pasa en una sociedad tan hermética como la de El Príncipe si no estás dentro o no están acostumbrados a verte. Solo una pareja de policías locales patrullan por las calles, aunque normalmente se quedan en el edificio polifuncional del barrio, y su cometido no es combatir la criminalidad sino mediar entre los vecinos. Desde hace unos meses vienen de vez en cuando un par de furgones de la Policía Nacional, pero es una presencia simbólica. Los cuerpos de seguridad del Estado aparecen realmente cuando hay una redada grande o un operativo antiterrorista. Eso lo saben bien los radicales que se han instalado aquí, por eso se sienten cómodos entre las callejuelas del barrio; nadie se va a atrever a denunciarlos porque ni siquiera hay comisaría. Aunque haya mucha gente que está en contra de las doctrinas salafistas y de sus principios radicales y violentos, aunque el islam que promulgan esté muy alejado del islam moderado que la mayoría profesa, impera una ley del silencio obligada porque El Príncipe es un barrio sin ley y todo el mundo lo sabe.

—¿Conoces a alguien que haya ido a combatir a Siria? —le pregunto intuyendo la respuesta.

El hombre me mira ahora con rostro más serio.

—Sí, conocía a un chico que viajó a Siria. Pero ha muerto allí.

—¿Cuál era su nombre?

El hombre permanece callado unos segundos, que me parecen eternos.

—Fue de los primeros que viajaron a la guerra de Siria, se llamaba Rachid Wahbi. Yo le conocía desde muy pequeño; era un buen hombre.

Al escuchar su nombre me vienen a la mente las imágenes del vídeo en el que un joven ceutí vestido de negro con un chaleco militar verde empuña un Kalashnikov, mira a la cámara mientras recita versículos del Corán y explica los motivos que le han llevado a Siria para luchar contra el régimen de Bashar al Asad. En el vídeo de los preparativos del ataque suicida que va a cometer se ve cómo se sube a un camión cargado de explosivos y se dirige a un campamento militar sirio en Al-Nayrab, donde hace detonar su carga. La explosión crea una bola de fuego y humo que se eleva cientos de metros y refleja el poder destructivo de los cientos de kilos de explosivos que llevaba el camión. En esa acción suicida, Rachid se llevó por delante la vida de más de ciento treinta soldados del ejército sirio, en el peor ataque sufrido por las tropas de Al Asad hasta el momento.

Muchas preguntas me vienen a la cabeza mientras continúo caminando con el agradable señor de chilaba gris, al que por cierto todavía no le he preguntado su nombre.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Abdelkader, hijo —responde con una sonrisa.

—Abdelkader, ¿qué opinión tienes sobre lo que hizo Rachid?

—Creo que su intención al principio era buena, que él quería ayudar a la gente de Siria que estaba siendo asesinada, pero también creo que una vez en Siria lo engañaron o le lavaron el cerebro.

—¿Así que crees que lo que hizo no está bien?

—Lo que esa gente entiende por yihad está equivocado. Hay dos tipos de yihad en el islam, la yihad al-akbar, que es el esfuerzo que hay que tener contra las malas inclinaciones y

tentaciones para mantener el alma pura, es seguir los preceptos de nuestra fe, y la yihad al-asghar, que es la lucha contra los que atacan a los musulmanes y que solo se permite en defensa propia. Los chicos que van allí van equivocados; la guerra de Siria no tiene nada que ver con la yihad.

Nos detenemos junto a la entrada de una mezquita de color ocre. Por los altavoces del minarete comienza a sonar la llamada a la oración. A ambos lados de la calle unos pocos fieles se van acercando al lugar donde nos encontramos, dejan su calzado en la estantería y entran en el sagrado templo de los musulmanes.

—Es la hora del *Asr*, la oración de la tarde. Si quieres, ya continuaremos hablando en otro momento.

—Me encantaría volver a charlar contigo. ¿Cuándo podemos vernos otra vez?

—Rezo aquí todos los días a esta hora. Esta mezquita se llama La Caracola, aquí me puedes encontrar.

—*Shukran*, Abdelkader.

—De nada. Si te puedo ayudar en algo más, aquí estaré.

Me despido del amable Abdelkader y vuelvo sobre mis pasos intentando recordar el camino por el que hemos venido. Una pregunta se repite en mi cabeza una y otra vez mientras subo por las callejuelas de la barriada: ¿qué hace que el barrio del Príncipe sea un lugar tan propicio para la captación de yihadistas?

El taxi me deja en la plaza de la Independencia. Salgo del automóvil a toda prisa y voy en dirección al paseo de Revellín, donde le pregunto a un hombre por el bar Vicentino; él, amablemente, me acompaña hasta la misma calle. Estoy llegando tarde a mi cita. Entro en el bar y al fondo veo a un hombre que levanta la mano para advertirme de su presencia. Me acerco a su mesa y lo saludo.

—Llegas tarde —me dice con voz ronca de fumador.

—Lo siento. Vengo de El Príncipe y no encontraba taxi.

El hombre, que es policía, debe de tener unos cincuenta años y es de aspecto fuerte. Ocupa un puesto de responsabilidad en el cuerpo, es experto en antiterrorismo yihadista y ha insistido en que, por motivos de seguridad, su identidad debe quedar en el anonimato. Me siento frente a él; su gran mano sujeta una copa de cerveza y me da la sensación de que en cualquier momento la va a hacer añicos.

—Bueno, querías hablar con un policía, pues aquí tienes uno bastante veterano. No soy tan bien parecido como José Coronado, pero te puedo servir igual. ¿De qué quieres que hablemos? —me dice el hombre sonriendo.

—Hombre, ya que has sacado el tema, ¿en qué se parece la serie de televisión al barrio del Príncipe? —le pregunto con curiosidad.

—A mí personalmente no me gusta la serie, creo que da una imagen de la ciudad no demasiado buena. Es cierto que todos los problemas que aparecen en la serie existen realmente. Para todos es conocido que la barriada era un hervidero de delincuentes y mafias del narcotráfico, y que ha habido numerosos ajustes de cuentas con muertes, pero el problema de la delincuencia afortunadamente se ha reducido. El tema del yihadismo en el barrio... pues es algo parecido, se ha detenido a numerosos sujetos que habían creado células de captación y de envío de yihadistas a Siria, y también es cierto que muchos jóvenes del barrio se han hecho yihadistas, pero la imagen que se da es exageradísima. Claro que El Príncipe es una barriada muy complicada, pero no tanto como la pintan.

»¡Ah! Y los policías de Ceuta no somos corruptos; la corrupción puede afectar a algún individuo del cuerpo, en todas las profesiones hay manzanas podridas, pero nada de grupos organizados dentro de la policía; eso es una fantasía que encima perjudica a nuestra imagen. Bastante difícil lo tenemos aquí

para realizar nuestra labor policial como para que encima se piense que somos corruptos. Por eso te he dicho antes que a mí personalmente no me gusta la serie. Es todo una exageración; ya nos gustaría ser tan guapos como Morey y vestir tan bien como él —me dice el veterano policía sonriendo.

—Cuando hablamos por teléfono me dijiste que llevabas en Ceuta alrededor de quince años; seguro que conoces muy bien esto. ¿Crees que hay una amenaza real de yihadismo en El Príncipe?

—La amenaza existe, no hay duda de que ha habido gente en El Príncipe que se ha marchado a hacer la yihad, pero dudo de que esas redes de captación tengan relación con redes terroristas internacionales. Hay grupos locales en El Príncipe, y en Castillejos sobre todo, que captan a los jóvenes y les facilitan el viaje a Siria. Aquí en Ceuta no se entrenan ni aprenden nada relacionado con explosivos, aquí los captan y los adoctrinan, y cuando llegan a Siria los entrenan para cometer atentados. Lo del yihadismo ahora vende mucho y en el Ministerio del Interior lo que quieren es ponerse medallitas con esas operaciones a gran escala. Hay detenidos que estaban muy controlados ya, tipos que ya habían sido detenidos más veces y que son sobradamente conocidos por su radicalización. De repente se monta un operativo de cojones para desmantelar una célula que ya estaba controlada... A veces se montan estos espectáculos de cara a la galería, para que salga en la prensa lo bien que trabaja Interior. Si contáramos con más medios no haría falta montar esas superactuaciones.

—¿Es El Príncipe un caldo de cultivo para captar yihadistas?

—Sin duda alguna es un lugar muy propicio, pero no olvidemos que en Cataluña, Levante y Madrid también se han desarticulado redes de captación importantes. Lo que sucede en El Príncipe es que se han alineado los astros para crear una atmósfera más propicia: la marginación, la pobreza, el desem-

pleo influyen, pero la cercanía con un foco de radicales como es Castillejos ya es la gota que colma el vaso. Hay una frontera por la que cualquier residente de la provincia de Tetuán puede entrar sin visado; entre los trabajadores que vienen a Ceuta, los porteadores y la gente de bien que viene a hacer sus compras desde Marruecos, pues tranquilamente pasan también elementos radicales sin ningún tipo de problemas. El caso del imán radical Omar Hadouchi, que estuvo dando sermones en una mezquita del barrio, es solo la punta del iceberg, porque lo que no se ve es muchísimo más grande y más preocupante.

Escucho a este hombre y sus palabras confirman, punto por punto, lo que ya había leído en diversos medios. Él prosigue su reflexión.

—Otro factor importante para la radicalización de parte de la población es la islamización que ha sufrido la población musulmana de la ciudad, sobre todo los jóvenes. En los últimos diez años ha habido en la ciudad una vuelta a un islam más rigorista debido a la influencia del Tabligh, que se ha hecho con el control mayoritario de las mezquitas.

El Tabligh wa Daawa, o congregación para la propagación del islam, es un movimiento dentro de esta religión que busca una reforma espiritual, aunque en algunos sectores occidentales se contempla como una secta. Su objetivo es la reislamización de la comunidad musulmana, a través de la imitación de la vida del profeta Mahoma, y pretende organizar a los musulmanes de Europa y del resto del mundo occidental en comunidades separadas, segregadas.

En España, los miembros del Tabligh son sobre todo de origen marroquí y pakistaní, y fuentes policiales consideran que la organización cuenta con cerca de dos mil miembros. Trabajan para levantar la mezquita más grande de Europa en Londres, y en España recibieron ayudas públicas del Gobierno de Zapatero, que propició además la creación de una red de asociaciones Tabligh en Madrid, Ceuta o Cataluña. En princi-

pio, el Tabligh no promueve la violencia, al contrario, pero una de sus máximas es extender su doctrina en grandes ciudades europeas y en zonas fronterizas, lugares considerados estratégicos para propagar sus ideas, y se ha observado en algunos líderes una radicalización de su discurso que en determinados predicadores roza la violencia.

—No quiero decir que el Tabligh promueva la yihad ni el terrorismo, se supone que promueven la paz y están en contra de la violencia; lo que sucede es que confluyen ideológicamente: tanto el Tabligh como los grupos salafistas y yihadistas quieren una vuelta a los orígenes del islam. Las reuniones y los viajes que periódicamente realizan los miembros del grupo podrían ser utilizados por las redes yihadistas para captar a personas que puedan cumplir los requisitos para ser adoctrinados y reclutados; no digo que eso sea la generalidad, pero puede haber casos.

»En El Príncipe está también el problema del urbanismo ilegal y descontrolado que se ha consentido desde las instituciones desde hace décadas, y que en parte está en el origen del problema que tenemos ahora; jamás se debió consentir urbanizar de la manera en que se hizo, porque ahora ¿qué se hace con todas esas casas que no cumplen ninguna normativa de edificación ni de seguridad, con el peligro que ello conlleva? Dios no quiera que pase algo allí, pero si hubiera un incendio, los bomberos no podrían hacer nada... Si ni siquiera puede pasar un camión por esas callejuelas... son un auténtico laberinto. El barrio se ha convertido en un gueto donde el 99 por ciento de la población es musulmana; la decena de cristianos que quedan son demasiado mayores para irse del barrio, pero pronto todo será al cien por cien musulmán, algo verdaderamente llamativo en el territorio español.

El hombre se detiene un instante para dar un pequeño sorbo a su copa de cerveza, como un conferenciante que bebe cuando la boca se le seca de tanto hablar.

—Aún hay más —dice con ironía el policía antes de continuar con su explicación—. Aparte tenemos a una población joven con escasa preparación: los índices de fracaso escolar rondan el 40 por ciento, y eso, junto a unas tasas de paro entre los menores de veinticinco años de Ceuta del 72 por ciento, hace que los jóvenes estén más disponibles y sean más receptivos a los cantos de sirena de los reclutadores yihadistas y de las pandillas locales. Estos chicos en situación de vulnerabilidad social y exclusión son más propensos a caer en redes, sean yihadistas o sean de los grupos que se dedican al tráfico de droga. Para mí, hay un factor fundamental para que estos jóvenes puedan ser reclutados: se sienten excluidos de la sociedad, no saben a qué lugar pertenecen. No se sienten europeos pero tampoco marroquíes, tienen una grave crisis de identidad que los lleva a acercarse a un islam más rigorista para luego, en algunos casos, dar el paso a ser reclutados por grupos islamistas de corte yihadista. Digamos que así consiguen reforzar su identidad. Tal vez por primera vez en sus vidas consiguen formar parte de algo más grande que ellos mismos; por fin tienen un motivo por el que vivir y por el que morir.

Me quedo pensativo y pienso en cuánta razón tiene. ¿Cuántos yihadistas que han atentado en Europa son hijos de barrios suburbanos, como ocurre en París, en Bruselas o en Madrid? ¿Cuántos, realmente, se han sentido excluidos de una u otra forma? El desarraigo y la no integración pueden ser poderosos motivos cuando no hay más horizonte. Un verdadero peligro del que quizá Europa no quiere ser demasiado consciente. Mientras yo medito sobre ello, el policía sigue analizando lo que ocurre en su ciudad.

—Las mafias y los jóvenes delincuentes se han hecho fuertes en El Príncipe... Dicen que este es un barrio sin ley, y en parte llevan razón, porque para la policía es muy difícil trabajar en la barriada. Muchas veces, cuando vamos a hacer una reda-

da, los chicos del barrio nos reciben a pedradas... Solo tienes que ver cómo quedan los coches patrulla, llenos de impactos de piedras.

—Me lo puedo imaginar... Hace años se desmantelaron las mafias del narcotráfico de la zona, ¿cómo afectó esto al barrio?

—La operación Marina hizo mucho daño en la barriada. Entonces desmantelamos las redes de narcotráfico que campaban a sus anchas en Ceuta, decomisamos más de cincuenta lanchas rápidas que las mafias locales utilizaban para llevar hachís a la península. Ahora los narcotraficantes lo tienen más difícil para cruzar con las lanchas desde aquí, porque con el SIVE controlamos todas las embarcaciones que cruzan el Estrecho, así que ahora Ceuta se ha quedado fuera y tienen que cargar el hachís en las playas del Rif y descargar por la zona de Málaga.

El SIVE es el sistema integrado de vigilancia exterior de la Guardia Civil, unas instalaciones costeras que cuentan con sensores, radares, antenas y cámaras de vídeo cuya función es detectar las embarcaciones que se aproximen al litoral, identificarlas e interceptar, si fuera el caso, a presuntos delincuentes o auxiliar a los inmigrantes irregulares. A través de la efectividad de SIVE, y gracias a la intensa labor desarrollada por la Unidad de Drogas y Crimen Organizado (UDyCO) de Ceuta, la actividad de los narcotraficantes en la zona ha menguado, aunque no desaparecido, pues ahora actúan desde Marruecos. Una muestra de la intensa actividad policial que se viene desplegando en la zona la tenemos en las detenciones practicadas en marzo de 2016 en Ceuta, en una operación saldada con doce detenidos entre los que se encontraban tres guardias civiles relacionados con una red de contrabando y tráfico de estupefacientes que transportaba droga desde Marruecos hasta Ceuta, introduciéndola en pequeñas cantidades oculta en vehículos que pasaban por la frontera del Tarajal, para almacenarla y enviarla a continuación a la península oculta en camiones. El tes-

timonio del veterano policía no hace sino ratificar la información que ya tenía.

—Que se haya cortado el grifo a los narcotraficantes de Ceuta ha provocado que haya más tensión entre las diferentes bandas y se hayan producido más ajustes de cuentas. Antes el pastel de la droga era muy grande, había para todos; ahora se ha reducido considerablemente y los que quedan tienen que luchar por su trozo. Por eso hubo un aumento considerable de la violencia tras el desmantelamiento de las lanchas planeadoras. En los últimos años hemos dado caña a las bandas que quedan y ha habido muchas detenciones; creo que ahora el barrio es mucho más seguro que hace unos años, pero aún queda mucho por hacer.

—Los vecinos llevan demandando desde hace mucho tiempo que haya una comisaría en el barrio. ¿Por qué no hay una en El Príncipe?

—Son muchas las dificultades que conlleva poner una comisaría en el barrio; desde la jefatura de policía no se piensa que eso vaya a reducir significativamente la delincuencia. Desde la llegada del nuevo comisario de Ceuta ha aumentado considerablemente la presencia policial en la barriada y ha habido una disminución de los tiroteos y de acciones delictivas en la ciudad. En 2014 en Ceuta disminuyó más de un 9 por ciento el número de delitos y faltas con respecto a 2013. Esto quiere decir que se está trabajando para hacer de Ceuta una ciudad cada vez más segura; las cifras están ahí. Yo personalmente no creo que sea necesaria una comisaría en El Príncipe, pero sí es necesaria una presencia permanente de la policía en el barrio.

—Oye, me llama la atención todo lo que se dice acerca de que Ceuta es un nido de yihadistas. ¿Cómo lo ves tú, que conoces bien la ciudad? ¿Existe un perfil del yihadista que ha salido de Ceuta?

—No existe un perfil definido de yihadista; hay casos de personas socialmente integradas, personas con mujer e hijos, con trabajos estables y bien remunerados. Recuerdo el caso de Rachid Wahbi, el taxista que se hizo explotar en un camión bomba; esa persona estaba perfectamente integrada en la sociedad, no tenía ningún problema económico, ni problemas de exclusión social ni nada de eso, y mira qué desastre.

Rachid Wahbi es el yihadista al que se refirió Abdelkader en la conversación que tuve con él caminando por El Príncipe. Rachid tenía treinta y dos años y vivía en El Príncipe; estaba casado y tenía dos hijos de corta edad. Llevaba una vida bastante acomodada en el barrio, poseía una licencia de taxi que le daba para vivir más que sobradamente y estaba considerado por sus vecinos como un ciudadano modélico y un buen musulmán. Ante la sorpresa de sus allegados, abandonó su ciudad y su vida ejemplar para cometer un atentado suicida al volante de un camión bomba. El policía se queda pensativo unos segundos antes de proseguir.

—Luego, claro está, hay chicos marginales, gente con trabajos precarios o desempleados, con recursos económicos muy limitados, en muchos casos con antecedentes penales. Por lo general son varones de entre veinte y cuarenta años, personas de segunda generación en España, que han sufrido en poco tiempo un acercamiento a la religión muy acentuado; lo que destacaría también es que suelen ser personas fácilmente influenciables. Pero como te decía antes, ahora el mayor riesgo lo tenemos con los jóvenes que se radicalizan a través de internet y de las redes sociales; estos son los más difíciles de detectar y pueden convertirse en el mayor peligro para la seguridad de nuestro país.

—¿Qué puede llevar a una persona con una estabilidad familiar y una vida aparentemente ordenada a dejarlo todo e irse a inmolar a Siria?

—Es una pregunta difícil de responder; ojalá pudiéramos

conocer la respuesta con exactitud. Principalmente, una convicción muy fuerte en sus ideales, influenciados o no por terceras personas. Se pueden diferenciar dos generaciones distintas de yihadistas residentes en España que tienen motivaciones diferentes para convertirse en muyahidines. La primera generación de combatientes que viajaron a Siria lo hicieron poco tiempo después de comenzar la revolución siria, en 2011 y 2012, y una segunda generación se unieron a la yihad a partir de 2013. La primera generación de combatientes viajó a Siria sensibilizada por el sufrimiento del pueblo sirio y las imágenes de las matanzas perpetradas por el ejército de Bashar al Asad. Estos primeros yihadistas querían luchar por una causa que consideraban justa, y una vez en Siria terminaron cayendo en las redes de grupos radicales; muchos de ellos perecieron en ataques suicidas.

»La segunda generación la forman jóvenes musulmanes con problemas para integrarse en la sociedad y a la que probablemente culpan de su situación marginal. Estos jóvenes son fácilmente influenciados y encuentran atractivos los grupos yihadistas como Estado Islámico por las grabaciones propagandísticas que encuentran con facilidad en internet o que se distribuyen entre ellos, en las que pueden ver sus acciones militares, su derroche de violencia gratuita y las imágenes de la vida acomodada que transmiten conduciendo coches de lujo, viviendo en mansiones ocupadas y acumulando botines de guerra. Tenemos a un referente para los jóvenes de El Príncipe y Castillejos en el famoso Kokito, una persona que era un don nadie en su ciudad natal de Castillejos y que debido a las fotos que subía a las redes sociales, en las que aparecía con las cabezas decapitadas de soldados sirios, con vestimenta militar y armado hasta los dientes, viviendo en mansiones ocupadas, se hizo tremendamente popular, una especie de héroe local. Este chico ha sido un ejemplo a seguir para otros jóvenes de la zona; les ha mandado el mensaje de que si se unen a la yihad van a

vivir una vida llena de aventuras y acción, y que encima van a disfrutar de una vida más feliz que la que tienen en sus barrios. Luego, claro, todo eso se revela como un espejismo momentáneo, y caen en las redes y en los métodos casi de secta de esos fanáticos. Esta segunda generación ha sido reclutada por las redes de captación de la zona de Ceuta y de Castillejos, y sobre todo a través de internet y las redes sociales.

—¿Tan importante es la influencia de internet y las redes sociales en el proceso de radicalización y captación de los futuros yihadistas? —le planteo.

—Los procesos de radicalización son muy rápidos; en dos meses una persona puede ser adoctrinada y radicalizada. Internet es hoy el lugar donde se realizan las captaciones y donde se radicalizan, es un medio rápido y directo. Hasta el transporte y la facilitación del viaje se pueden hacer a través de internet. Estado Islámico tiene hasta una guía que te puedes descargar en internet con lo que necesitas llevar en la maleta para ir a Siria a luchar con ellos. Hasta el año 2012, el 80 por ciento de las captaciones de los grupos yihadistas se hacían en el entorno de las mezquitas, pero desde entonces internet y las redes sociales son la principal vía de captación y adoctrinamiento, y la proporción se ha invertido: calculamos que actualmente el 80 por ciento lo hace así, mientras que el resto lo hace a través de la influencia de mezquitas, imanes y personal diverso. Es en internet donde vamos a centrar nuestros esfuerzos, sobre todo para prevenir y atajar desde un principio este tipo de propaganda que alienta a unirse al yihadismo salafista.

—¿Se sabe cuántos yihadistas españoles están en Siria e Irak?

—No existe una cifra exacta del número de yihadistas españoles que han partido con destino a Siria e Irak. Según el Ministerio del Interior son más de un centenar, y la cifra es preocupante, no tanto por la partida sino por su futuro retorno. Lo que nos preocupa son los que puedan volver adoctrinados, con

experiencia en el combate y siendo expertos en el manejo de armas y de explosivos.

—¿Existe riesgo de atentado terrorista yihadista en territorio español, como se viene diciendo desde hace años?

—El nivel de alerta antiterrorista ante la amenaza yihadista es alto; no se trata de si va a haber un atentado o no; es una cuestión de tiempo: tarde o temprano uno de estos chiflados va a querer atacar. Nosotros debemos intentar adelantarnos a esa amenaza y desarticular las células que se vayan formando. Aunque para mí la mayor amenaza y lo que más me preocupa son los que llamamos lobos solitarios, personas radicalizadas y adoctrinadas que no tienen por qué haber viajado a Siria o a Irak, ni pertenecer a la estructura de un grupo organizado. Estas personas pueden atacar en cualquier momento y en cualquier lugar sin ser previamente interceptadas. Como antes te he comentado, Ceuta tiene una frontera muy permeable, es fácil que uno de estos sujetos la cruce o que un joven al que hayan radicalizado en El Príncipe se plante en cualquier parte de España para cometer un atentado. Ese es el terrorismo al que tendremos que enfrentarnos en un futuro. Desgraciadamente, insisto, es solo cuestión de tiempo.